

*Onetti/La fundación imaginada. La parodia del autor en la saga de Santa María.* Ferro, Roberto. Córdoba, Alción Editora, 2003. (414 páginas).

Italo Calvino afirmó que “Un clásico es una obra que suscita un incesante polvillo de discursos críticos, pero que la obra se sacude continuamente de encima”. Es cierto que a partir de su “descubrimiento” en los años setenta, la narrativa de Juan Carlos Onetti ha sido insistentemente frecuentada por la crítica, desde distintas perspectivas y con diversos fundamentos teóricos, y esa proliferación de textos acerca de Onetti es tal vez lo que puede asegurar su categoría de clásico. Pero en la definición de Calvino la irreductibilidad de la obra a las interpretaciones que de ella se hacen es lo que resulta más apasionante. Uno podría preguntarse, entonces, el porqué de otro libro sobre Onetti. Y la respuesta, tras la lectura de *Onetti/La fundación imaginada*, es que el texto de Roberto Ferro se apoya precisamente en esa irreductibilidad – particularmente evidente en la poética onettiana – y es la solidaridad entre su objeto y el despliegue teórico lo que le otorga consistencia.

En efecto, la escritura de Ferro se propone en consonancia con los textos de Onetti, se construye signada por la deriva, en una decisión teórica que tiene resonancias evidentes de Derrida y que la escritura de Ferro ya había señalado en textos anteriores de su producción. Aquello que Ferro llama “solidaridad crítica con el texto leído” se despliega a lo largo del ensayo y tiene su corolario en el Postscriptum, que tiende a reafirmar un itinerario que “conecta lo disperso y desconecta lo que aparecía unido” pero en un proceso de proliferación que hace de él una nueva recursividad.

Si la riqueza de la narrativa de Onetti ha dado lugar a tanto artilingo crítico, el trabajo de Ferro se distancia explícitamente tanto de un cierto sector de la crítica que trató de leer a Onetti en términos de referencialidad como de las conexiones simplistas entre biografía y producción literaria. Por una parte, Ferro desarrolla, cuando es pertinente, la crítica de esa crítica que intentó definir la referencia y alcanzar la verdad como culminación. Así, la mención a Rodríguez Monegal, Ruffinelli y

Ghiano en cuanto al emplazamiento de Santa María se confronta con una perspectiva crítica en la cual la distancia entre Santa María y otras ciudades no puede ser pensada en esos términos, porque ese emplazamiento tiene otra lógica, la de la fundación narrativa, que no la ubica más cerca o más lejos de Montevideo o Buenos Aires, sino “al otro lado” de cualquier delimitación fáctica.

Por otra parte, se intercalan en el texto fragmentos que son una suerte de biografía intelectual del escritor. Estos apartados, bajo el título de “Onetti en tránsito” resuelven la instancia de la presencia del autor, pero si bien refieren a la materialidad de un desplazamiento, exponen el derrotero desde lo biográfico a la práctica de la escritura como un viaje que no es una cifra de explicación, sino un rito de pasaje. La biblioteca de Onetti, así como los fundamentos de una ética de la escritura, están presentes allí pero se mantienen móviles, en un gesto que nunca se vuelve explicativamente tranquilizador.

En el mismo sentido, *Onetti/La fundación imaginada* concibe los criterios de verdad como construcciones contingentes, y a la verdad misma como un valor cuyo aplazamiento es constitutivo para la productividad del lenguaje. Adscribiendo a esta concepción, es posible acentuar aún más la relación solidaria entre las escrituras (críticas, ficcionales) que, poniendo en entredicho la referencialidad, se sustraen a la consistencia de la explicación a favor de una interpretación siempre en proceso.

Para sostener esta perspectiva, Ferro pone en marcha un dispositivo de lectura articulado en torno a dos ejes fundamentales: la parodia del autor y la incesancia de la escritura. Estas categorías condensan una serie de problemas que van desplegándose a lo largo del texto en constelaciones cuyos elementos no se clausuran, sino que se rinden a la placentera deriva de la lectura: la resistencia al opacamiento de los mecanismos de producción de sentido; la fragmentación de la temporalidad y de los espacios narrativos; la dificultad de definir lo que el texto nombra como real y como imaginario; la evidencia de una escritura como un gesto que remite (en un juego ente identidad y diferencia) siempre a otra escritura.

La parodia, en principio, se señala como un gesto de remisión a una anterioridad que trastoca, desplaza o invierte los supuestos subyacentes a partir de los cuales se produce sentido, pero en *Onetti/La fundación imaginada* la parodia del autor es la condensación de una poética. Para Ferro, la saga de Santa María parodia un discurso cuya figura aglutinante es el *autor* pensado como causa primera, como figuración más allá del texto de una orientación ideológica que abarca la religión, la filosofía, la historia, los estudios literarios. La parodia de estos supuestos es en Onetti la reversión de una norma que pudiera permitir la salvación, al dar sentido y coherencia a la realidad. Fundamentalmente, entonces, la saga de Santa María – y los textos que anuncian este gesto – violenta mediante este procedimiento la

ilusión de un origen y se extiende a los discursos que se arrojan potestades y genealogías causales.

Esta perspectiva se entrelaza con la concepción de la escritura de Onetti como marcada por la incesancia. Y esto no simplemente por una perspectiva temática, en la que los nombres o las situaciones sean recurrentes; la escritura se hace incesante porque la verdad como origen no es una plenitud, porque las intersecciones de la trama ejercen sobre la textualidad el efecto de continua postergación de la respuesta. El doble final de *El astillero*, como señala Ferro, es un punto de fuga que figura la continuidad de la escritura, la existencia de otra trama mayor, silenciosa y extensa; el fin ya no es un corte, sino un intervalo.

En esta incesancia, el ordenamiento de *Onetti/La fundación imaginada* está signado por una mirada sobre los fundamentos de una poética cuya genealogía puede encontrarse desde los primeros textos onettianos, pero que alcanza una evidencia cabal en la saga de Santa María. Así, Ferro afirma que a partir de *La vida breve* Onetti produce una escritura en continua expansión, y sin embargo, paradójicamente desplegada endógenamente, “replegada sobre la infinitud de sí misma”.

En definitiva, el texto onettiano se presenta como la representación de “un mundo que no tiene otra presencia que el cuadro que se erige de él (todo comienza por los sustitutos, es decir, no comienza)”. El vacío intenta llenarse a su vez con relatos dentro de otros relatos, aquellos que repiten lo ya dicho, pero que no pueden dar cuenta de esa ausencia y donde, por lo tanto, la repetición es siempre diferencia.

Los procesos indecibles de lectura, escritura y reescritura son una manifestación de este centro que es un hueco, una proliferación de sustituciones en las que se remite siempre a aquello que Ferro llama “el revés amenazador del discurso, a lo otro de la verdad”. En este sentido, la obra de Onetti pareciera sacudirse el “polvillo de los discursos críticos” con más vehemencia que otras escrituras. Al desmontar la lógica del origen, desnuda la imposibilidad de deshacerse de la opacidad de la escritura, narrando una y otra vez el fracaso de esta pretensión. Precisamente, la posibilidad de sumergirse sin acobardarse en esa deriva es el mérito mayor de *Onetti/La fundación imaginada*, al producir una escritura crítica que solidariamente se lanza jubilosamente al fracaso de esa pretensión.